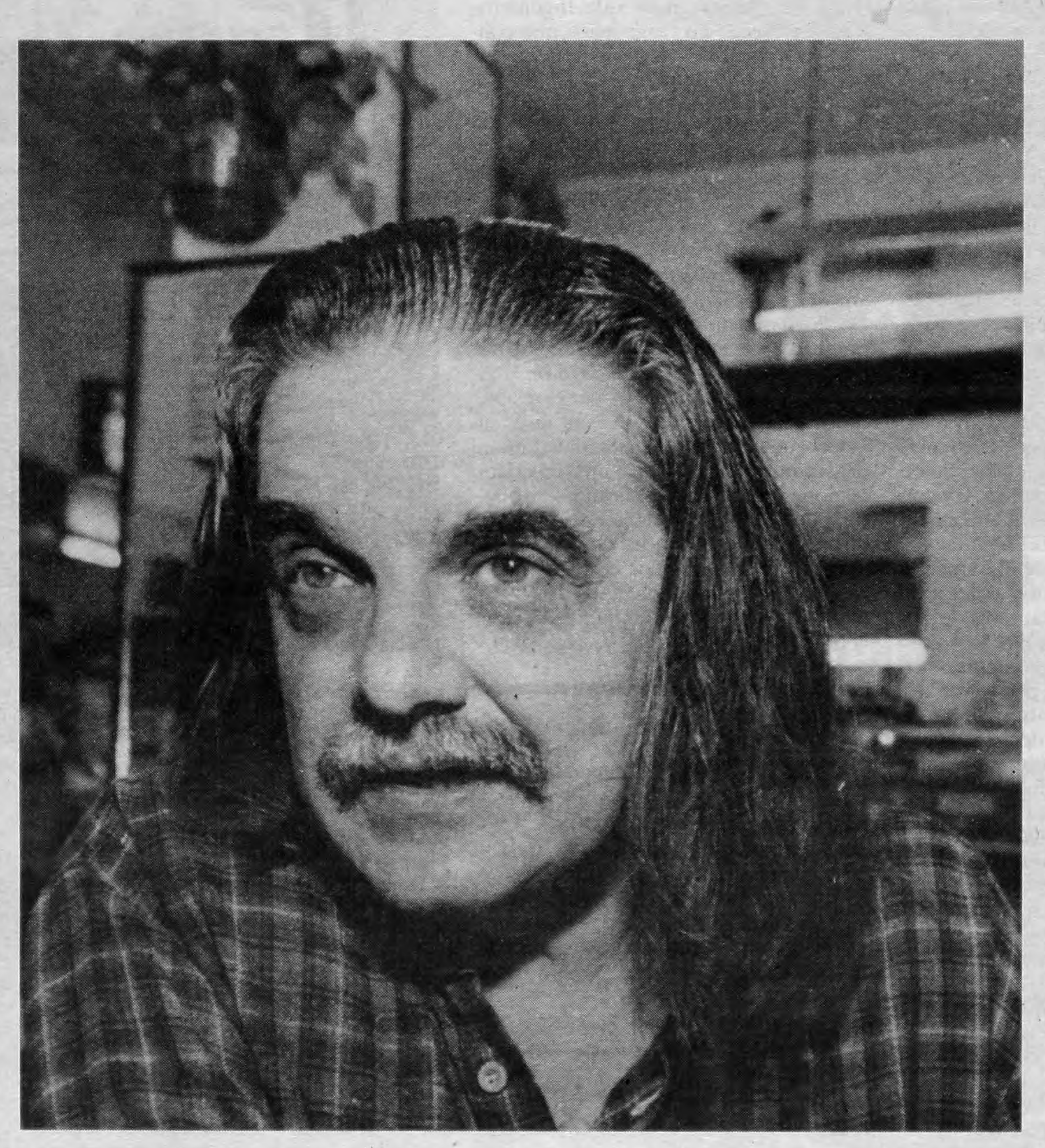


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



HORACIO GONZALEZ

“El elogio de la locura de José Ingenieros”

Quisiera recordar algunos escritos fundamentales sobre la locura en la Argentina. Especialmente uno de ellos, que se llama precisamente así, *La locura en la Argentina*. Es el libro que José Ingenieros dio a conocer en 1919. En primer lugar: ¿qué hace la palabra Argentina al lado de locura? Aceptamos que la primera palabra menciona poéticamente un gentilicio, nuestro gentilicio, sobre cierto trasfondo económico e histórico que le sería consustancial. Pero, ¿esta asociación lleva a suponer que hay locura en la Argentina o más bien que hay una locura que es argentina? Esta pregunta supone decidir si la idea y los actos de la locura son inherentes al recorrido de una historia (nacional o universal) o si la locura es una peripecia de la psique sin referencia al mundo histórico, naturalmente ajena a las vicisitudes de una colectividad social.

Quizás sea fácil explicarlo por la propensión natural que tenemos a suponer la enorme plasticidad de la locura y de los hechos de la locura, que es una vasta metáfora del desarreglo de las pasiones, del lenguaje y del mundo. Y, por lo tanto, a deducir que la locura y sus evidencias no tendrían por qué desvincularse de la conformación de los países o de las naciones. Precisamente porque éstos son desarrollos que siempre evidencian momentos turbulentos o de beligerancia, que implican también desarreglos en todos planes de vida individuales. ¿Qué desorden en esas disposiciones colectivas serían concomitantes con los trastornos de los designios de los sujetos singulares, esos a los que la locura siempre alude?

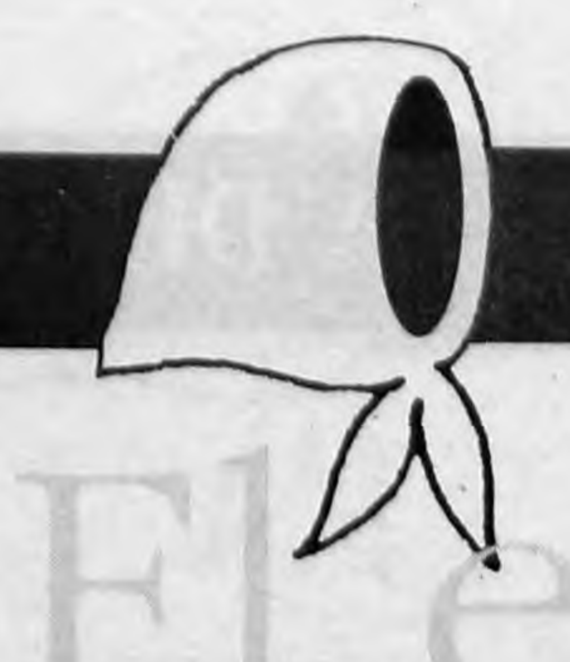
En nuestro lenguaje común, la palabra locura es un vocablo que tiene una amplísima aspiración de reciprocidad. Lanza una sombra indeterminada sobre toda la coloquialidad habitual, como si fuera un verdadero equivalente general de la lengua. Todas las palabras o sentidos se intercambiarían con “locura” y ese trueque significaría que todos los significados son inconstantes, fuera del normal emplazamiento y permanentemente amenazados en su identidad. Cada acontecimiento tendría su significado propio y, por otra parte, hay otra atribución de locura que puede llegar hasta la conocida interpelación “loco”, que es un llamado habitual en el habla de esta ciudad. Esta última partícula superpone poderosos implícitos, es una locución que avisa que hemos iniciado el peligroso juego del habla, una solicitación que se abre simultáneamente hacia diferentes y contradictorios valores. Decirle loco al otro puede aludir al cariño, pero es también una advertencia, supone complicidad, exhortación, amistad, fastidio o reproche.

Esto podría querer decir que la locura así designada, como indicación de una forma general e imprecisa del vínculo (entre todos los sujetos y objetos de mundo entre sí y con todos los demás), es la máxima expresión del mundo metafórico. Cada vez que se adjudicase locura, sería para señalar el estado de apertura hacia lo desconocido que se presenta en lascosas y los hombres. En su extremo opuesto, la locura suele ser indicada como el ámbito expresivo donde se pierde el vínculo con la metáfora y el mundo simbólico, es decir, con los sucedáneos de la simulación.

De este modo, para decirlo brevemente, pues este tema nos llevaría a los confines de un pensar que con justicia sospechamos no estar preparados para enfrentar, la locura es una función lingüística que tanto en el habla como en la imaginada fuerza de la subjetividad recorre el camino completo que va desde la pérdida de los símbolos hasta la exacerbación de la metáfora. Esta característica chocante de la locura (y su presencia en la imaginación idiomática) puede percibirse también en el curioso final de *Historia de la locura* de Foucault, obra que todos ustedes conocen, donde la locura aparece como una ruptura del sentido y de la obra, pero a la vez como un vacío que se abre hacia el mundo, que así debe recomenzar la tarea de interrogarse. Ponemos el extraño final de este libro como prueba de que la locura está en el punto inicial de la inhibición de los significados y también de la presentación de significados nuevos.

Del mismo modo, se podría decir que esta situación tiene concomitancia con aquella que ve en la locura la máxima intensificación de una biografía irreductible, individual, algo que le ocurre a un hombre de manera intransferible, única e inmanente; pero al mismo tiempo interpreta que la locura proviene de la pérdida de “establecimiento” de la historia. Por las hendiduras de una historia inestable y agitada, se filtrará entonces la locura. Dicho de otro modo, y siempre con esta misma rapidez en temas que exigirían más celo y meditación, digamos que en este caso la locura sería correlativa a un incremento del ímpetu político. De ser privativa del individuo, y una de las fuentes para la definición del sujeto, pasa a ser un producto de la tormenta e inquietud en las sociedades, apelándose aquí a lo que evoca e iguala la borrasca histórica con la psique turbada.

Este será el tema de José Ingenieros. La historia de la locura que él escribe en la Argentina (o dentro de la Argentina, o emanada de la Argentina) es una ▶



"El elogio de la locur

HORACIO

historia de la conquista de la razón plena considerada en paralelismo estricto a la historia de la Nación Argentina como sujeto emancipatorio. Si hay historia de la locura es porque hay historia de la Nación Argentina. Ingenieros era un gran ejemplificador, un contador eximio de casos y un escritor diestro que perdió la posibilidad de ampliarse hacia el mismo horizonte al que se había elevado Freud, a esa gran comunión entre escritura y observación de las perturbaciones anímicas. Siendo que defendía la asociación entre literatura y psiquiatría, creo que no llevó a las últimas consecuencias lo que él sabía que había que hacer: disputarles a los escritores de la historia patricia una interpretación que no hiciese recaer la historia sobre las realizaciones de la épica señorial sino sobre el difuso desorden psicológico que es la materia extensa de toda actividad histórica. Es bajo la amenaza de ese trasfondo "insensato" que se lucha para forjar naciones cuyo sentido emancipador sea una alianza entre las intenciones rectas, la normalidad de la razón y la evolución civilizada hacia sentidos ampliados de justicia.

Ingenieros percibe esa "amenaza", pero en primer lugar sólo atina a juzgarla desde una fácil condena civilizatoria. Casi siempre es lo que hace. Ocurre que la locura quizás debería tener su esfera de expresión y atención en la vida privada o en el círculo ineluctable donde transcurre el itinerario indivisible y dramático de un hombre. Pero creo que Ingenieros, y con él todo el pensamiento de los alienistas de ese momento, no logra configurar ese ámbito particularista porque lo impide el peso que tiene la fascinación política de la locura o la locura como aureola del ser político. Dicho de otro modo: la locura sería la escritura permanente del trasfondo de las luchas públicas por la verdad, la gracia y la justicia. De ahí que, y esto es lo que estoy intentando decir, en la discusión con quienes se lanzan a desautorizar al opositor declarándolo "loco", Ingenieros repartirá la locura a ambos lados de la frontera del orden. De un lado, se trata de la locura que los hombres del orden declaran ver en los rebeldes; de otro lado, de la locura que secretamente nos relaciona con la cultura popular y reconcilia con las rebeliones sofocadas a lo largo de la historia humana.

Esta última es la locura que los intelectuales creen ver como indicio crítico de redención en los hombres populares que han pervertido su lenguaje y deshilachado su vida (a veces con una divina y turbada imaginación) como resultado (pero también como testimonio) de la injusticia que han provocado los Estados y los poderes generales. Pero esto último apenas lo sugiere, pues, si lo expusiera nítidamente, se desplomaría todo su sistema. Lo insinúa entonces a través de su ambigua relación con la figura del simulador y de los "locos populares".

De modo que los casos que describe Ingenieros, en lo que aquí nos interesa, son casos de locura "en la historia" o de un mundo político sometido a fetichismos y supersticiones que se perciben surgidas de una mentalidad alienada, siguiendo con remota fidelidad el esquema general que opone "civilización y barbarie". Así es juzgado el célebre fraile Castañeda, que en la primera mitad del siglo XIX organizó una eficaz y extraña campaña periodística contra las reformas religiosas de Rivadavia. Ingenieros considera "rabelaiseano" a este cura, y este adjetivo, que sin duda toma de su maestro Ramos Mejía, de entrada nos introduce a un pórtico de misteriosa simpatía hacia estos personajes populares y trasnochados. Pero Ingenieros agrega que Castañeda es un bufón insolente, "pero sin perversión". Y lo ve sometido a un ideal "pornográfico, pero sin vicios". Todo ello en medio de una truculenta mezcla de malicia e ingenuidad.

De todos modos, el tono simpático y la agudeza sugestiva con que escribe estos dictámenes no obstan para un juicio duro. Porque Castañeda, al ser un enemigo de la Revolución, hace que Ingenieros pueda arriesgar un diagnóstico que concibe en términos de un "trasunto tragicómico del delirio de persecución". El cura maniático ve el mundo como desorden y herejía, calificación que contiene también un juicio que apela a la fuerza de la ilustración para definir la forma correcta del yo, y por lo tanto el preciso momento en que Castañeda lo desvía con lo que Ingenieros llama delirio persecutorio, aunque bajo la forma de trasunto tragicómico. Creemos ver en estas frases perdidas el indicio de un Ingenieros que siempre está dispuesto a festejar, en sus trastiendas de bufonada intelectual, la comicidad de la vida, esto es, la verdadera locura elogiable.

El padre Castañeda sería entonces alguien que tendría la "personalidad moral desorganizada", no sería un ciudadano responsable de la Polis. Estamos hablando, pues, de política, de la esfera política inspirada en las actitudes de una contrarreforma y, en el caso de este fraile rabelaiseano, en los pasquines apostólicos propios de la Restauración española. En esas condiciones, reprimiendo quizás sin esfuerzo un campechano interés que de todas maneras se nota en el modo con que lo describe, para Ingenieros era Castañeda un pobre alienado sustraído a la protección del asilo sólo por la turbulencia de los tiempos. Así lo dice, textualmente, por lo que inferimos que si por un lado la locura es privada, por otro lado nunca deja de darse en épocas de agitación e incertezas. Estaríamos así frente a un delirio persecutorio que en épocas calmas podría tener internamientos adecuados, pero en épocas turbulentas se expresa en el seno de una historia común, convertido en ideología y activismo político, sólo clasificable en los grandes anaqueles de la cultura de la ley cívica o de la barbarie con la que se aniquila la moral sin dogmas. Y éste es un inmortal concepto de Maquiavelo, que también intenta correlacionar el carácter prudente o temerario del príncipe con las formas calmas o bruscas del tiempo.

> *"Erasmo de Rotterdam, al elogiar la locura, producía una inversión irónica, que es propia del estilo gentil del Renacimiento. Es el estilo que también perdura en Tomás Moro, en Jonathan Swift y que llega hasta Roberto Arlt."*



De este modo, la locura de Castañeda es política, es la locura del restaurador, es la locura que insinúa y prebosqueja la época rosista. Por lo que a esta locura es menester ponerle nombre político. ¿Es posible que se pueda hacer esto? El fraile Castañeda estaba loco porque produce una campaña política en nombre de la fe, e inventa la consigna "religión o muerte" que después se destinaría a un largo uso, odioso uso, en las luchas civiles argentinas. Por eso está loco. Otro ejemplo de *La locura en la Argentina* es el del fraile Aldao, un personaje del que, como saben, ya se había ocupado Sarmiento. Aquí Ingenieros alude a una suerte de "psiquiatría política", pero se la atribuye a Aldao, al que también llama siniestro delincuente político. Aldao había sacado un decreto de gobierno –seguimos abreviadamente a Ingenieros–, donde decía algo así como "todos mis opositores están locos y deben ser mandados al hospital". Ingenieros dice que "no conocemos ningún otro caso en que la pasión política de un gobierno haya pretextado la locura de los opositores como causa explícita de incapacidad civil". Pero este hombre que declaraba a sus enemigos locos por decreto tendría su propia medicina. Murió poco tiempo después, y esto también lo informa Ingenieros, de un violento delirio agudo con alucinaciones persecutorias, que siguieron a sus excesos alcohólicos.

Como ven, no podríamos evitar las evocaciones de actualidad que nos traen estos temas. Si por un lado el cura Aldao pone como resolución de Estado un juicio psiquiátrico sobre sus opositores, por otro lado el propio Ingenieros se despacha con otro juicio no menos contundente, el mismo que le aplica a Castañeda, sosteniendo no en decretos sino en enunciados de la institución científica. Y lo que se sugiere aquí para seguir pensando sobre el tema es, digamos, hasta qué punto la idea de locura en la historia aparece con este ambiguo y sutil valor por el cual el enunciado sobre el loco no puede desprenderse del imperio de la razón política, incluso hasta el punto que parece sostenerla desde su misma esencia. Habría razón política cuando hay una apropiación del derecho a declarar loco a alguien. Ingenieros quería, sin duda, despolitizar su psiquiatría, incluso haciéndola aliada del arte, como lo había demostrado en sus escritos juveniles publicados en *La psicopatología en el arte*.

> *"¿Cómo se def... Como la man... nuestro mun... hecho de su... desencanto, ... de hostil... hostigamien... contra ...*

Pero el verdadero tema al que aquí ingresamos, ya sugerido por el doble fondo, o la puerta falsa que propone este concepto de locura, es que todo aquel que se desvía de la razón política imperante (y se empeña en una oposición activa) podría ser etiquetado de delirante. Las luchas políticas serían todas ellas resguardadas o protegidas porque cada cual hace de su enemigo un delirante capturado por un enjuiciamiento psiquiátrico.

"El elogio de la locura de José Ingenieros"

HORACIO GONZALEZ

historia de la conquista de la razón plena considerada en paralelismo estricto a la historia de la Nación Argentina como sujeto emancipatorio. Si hay historia de la locura es porque hay historia de la Nación Argentina. Ingenieros era un gran ejemplificador, un contador eximio de casos y un escritor diestro que perdió la posibilidad de ampliarse hacia el mismo horizonte al que se había elevado Freud, a esa gran comunión entre escritura y observación de las perturbaciones anímicas. Siendo que defendía la asociación entre literatura y psiquiatría, creo que no llevó a las últimas consecuencias lo que él sabía que había que hacer: disputarles a los escritores de la historia patricia una interpretación que no hiciese recaer la historia sobre las realizaciones de la épica señorial sino sobre el difuso desorden psicológico que es la materia extensa de toda actividad histórica. Es bajo la amenaza de ese trasfondo "insensato" que se lucha para forjar naciones cuyo sentido emancipador sea una alianza entre las intenciones rectas, la normalidad de la razón y la evolución civilizada hacia sentidos ampliados de justicia.

Ingenieros percibe esa "amenaza", pero en primer lugar sólo atina a juzgarla desde una fácil condena civilizatoria. Casi siempre es lo que hace. Ocurre que la locura quizás debería tener su esfera de expresión y atención en la vida privada o en el círculo ineluctable donde transcurre el itinerario indivisible y dramático de un hombre. Pero creo que Ingenieros, y con él todo el pensamiento de los alienistas de ese momento, no logra configurar ese ámbito particularista porque lo impide el peso que tiene la fascinación política de la locura o la locura como aureola del ser político. Dicho de otro modo: la locura sería la escritura permanente del trasfondo de las luchas públicas por la verdad, la gracia y la justicia. De ahí que, y esto es lo que estoy intentando decir, en la discusión con quienes se lanzan a desautorizar al opositor declarándolo "loco", Ingenieros repartirá la locura a ambos lados de la frontera del orden. De un lado, se trata de la locura que los hombres del orden declaran ver en los rebeldes; de otro lado, de la locura que secretamente nos relaciona con la cultura popular y reconcilia con las rebeliones sofocadas a lo largo de la historia humana.

Esta última es la locura que los intelectuales creen ver como indicio crítico de redención en los hombres populares que han pervertido su lenguaje y deshilachado su vida (a veces con una divina y turbada imaginación) como resultado (pero también como testimonio) de la injusticia que han provocado los Estados y los poderes generales. Pero esto último apenas lo sugiere, pues, si lo expusiera nítidamente, se desplomaría todo su sistema. Lo insinúa entonces a través de su ambigua relación con la figura del simulador y de los "locos populares".

De modo que los casos que describe Ingenieros, en lo que aquí nos interesa, son casos de locura "en la historia" o de un mundo político sometido a fetichismos y supersticiones que se perciben surgidas de una mentalidad alienada, siguiendo con remota fidelidad el esquema general que opone "civilización y barbarie". Así es juzgado el célebre fraile Castañeda, que en la primera mitad del siglo XIX organizó una eficaz y extraña campaña periodística contra las reformas religiosas de Rivadavia. Ingenieros considera "rabelaiseano" a este cura, y este adjetivo, que sin duda toma de su maestro Ramos Mejía, de entrada nos introduce a un pórtico de misteriosa simpatía hacia estos personajes populares y trasnochados. Pero Ingenieros agrega que Castañeda es un bufón insolente, "pero sin perversión". Y lo ve sometido a un ideal "pornográfico, pero sin vicios". Todo ello en medio de una truculenta mezcla de malicia e ingenuidad.

De todos modos, el tono simpático y la agudeza sugestiva con que escribe estos dictámenes no obstan para un juicio duro. Porque Castañeda, al ser un enemigo de la Revolución, hace que Ingenieros pueda arriesgar un diagnóstico que concibe en términos de un "trasunto tragicómico del delirio de persecución". El cura maniático ve el mundo como desorden y herejía, calificación que contiene también un juicio que apela a la fuerza de la ilustración para definir la forma correcta del yo, y por lo tanto el preciso momento en que Castañeda lo desvía con lo que Ingenieros llama delirio persecutorio, aunque bajo la forma de trasunto tragicómico. Creemos ver en estas frases perdidas el indicio de un Ingenieros que siempre está dispuesto a festejar, en sus trastiendas de bufonada intelectual, la comicidad de la vida, esto es, la verdadera locura elogiable.

El padre Castañeda sería entonces alguien que tendría la "personalidad moral desorganizada", no sería un ciudadano responsable de la Polis. Estamos hablando, pues, de política, de la esfera política inspirada en las actitudes de una contrarreforma y, en el caso de este fraile rabelaiseano, en los pasquines apostólicos propios de la Restauración española. En esas condiciones, reprimiendo quizás sin es-

> *"Erasmo de Rotterdam, al elogiar la locura, producía una inversión irónica, que es propia del estilo gentil del Renacimiento. Es el estilo que también perdura en Tomás Moro, en Jonathan Swift y que llega hasta Roberto Arlt."*

fuerzo un campechano interés que de todas maneras se nota en el modo con que lo describe, para Ingenieros era Castañeda un pobre alienado sustraído a la protección del asilo sólo por la turbulencia de los tiempos. Así lo dice, textualmente, por lo que inferimos que si por un lado la locura es privada, por otro lado nunca deja de darse en épocas de agitación e incertezas. Estaríamos así frente a un delirio persecutorio que en épocas calmas podría tener internamientos adecuados, pero en épocas turbulentas se expresa en el seno de una historia común, convertido en ideología y activismo político, sólo clasificable en los grandes anaqueles de la cultura de la ley cívica o de la barbarie con la que se aniquila la moral sin dogmas. Y éste es un inmortal concepto de Maquiavelo, que también intenta correlacionar el carácter prudente o temerario del príncipe con las formas calmas o bruscas del tiempo.

De este modo, la locura de Castañeda es política, es la locura del restaurador, es la locura que insinúa y prebosqueja la época rosista. Por lo que a esta locura es menester ponerle nombre político. ¿Es posible que se pueda hacer esto? El fraile Castañeda estaba loco porque produce una campaña política en nombre de la fe, e inventa la consigna "religión o muerte" que después se destinaría a un largo uso, odioso uso, en las luchas civiles argentinas. Por eso está loco. Otro ejemplo de *La locura en la Argentina* es el del fraile Aldao, un personaje del que, como saben, ya se había ocupado Sarmiento. Aquí Ingenieros alude a una suerte de "psiquiatría política", pero se la atribuye a Aldao, al que también llama siniestro delincuente político. Aldao había sacado un decreto de gobierno –seguimos abreviadamente a Ingenieros–, donde decía algo así como "todos mis opositores están locos y deben ser mandados al hospital". Ingenieros dice que "no conocemos ningún otro caso en que la pasión política de un gobierno haya pretextado la locura de los opositores como causa explícita de incapacidad civil". Pero este hombre que declaraba a sus enemigos locos por decreto tendría su propia medicina. Murió poco tiempo después, y esto también lo informa Ingenieros, de un violento delirio agudo con alucinaciones persecutorias, que siguieron a sus excesos alcohólicos.

Como ven, no podríamos evitar las evocaciones de actualidad que nos traen estos temas. Si por un lado el cura Aldao pone como resolución de Estado un juicio psiquiátrico sobre sus opositores, por otro lado el propio Ingenieros se despacha con otro juicio no menos contundente, el mismo que le aplica a Castañeda, sostenido no en decretos sino en enunciados de la institución científica. Y lo que se sugiere aquí para seguir pensando sobre el tema es, digamos, hasta qué punto la idea de locura en la historia aparece con este ambiguo y sutil valor por el cual el enunciado sobre el loco no puede desprenderse del imperio de la razón política, incluso hasta el punto que parece sostenerla desde su misma esencia. Habría razón política cuando hay una apropiación del derecho a declarar loco a alguien. Ingenieros quería, sin duda, despolitizar su psiquiatría, incluso haciéndola aliada del arte, como lo había demostrado en sus escritos juveniles publicados en *La psicopatología en el arte*.

Pero el verdadero tema al que aquí ingresamos, ya sugerido por el doble fondo, o la puerta falsa que propone este concepto de locura, es que todo aquel que se desvía de la razón política imperante (y se empeña en una oposición activa) podría ser etiquetado de delirante. Las luchas políticas serían todas ellas resguardadas o protegidas porque cada cual hace de su enemigo un delirante capturado por un enjuiciamiento psiquiátrico.

> *"¿Cómo se define la locura? Como la manera de tolerar nuestro mundo cotidiano hecho de sumisión, de desencanto, de servilismo, de hostilidad, de hostigamiento de unos contra otros."*

Pero esta conclusión podría invalidar cualquier juicio ulterior sobre la locura que no surgiese de sus propios "batallones demoníacos". Si sólo hubiese gestos de locura vestidos de discursividad política, se perdería el metalenguaje de la ciencia, salvaguardado, en teoría, de los acechantes peligros de la locura. Pero, en verdad, ésta es la sospecha que lo lleva a Ingenieros a un elogio de la locura inspirado en Erasmo de Rotterdam. Esa lectura de Erasmo siempre lo acompaña. Con razón, porque el *Elogio de la locura* de Erasmo es un libro delicioso y *La locura en la Argentina* intenta seguir sus pasos, pero a partir de los recursos de una prosa médico-política que sepultan, aunque no hasta hacerlos del todo irreconocibles, los chispazos de ironía.

Es que Erasmo de Rotterdam, al elogiar la locura, producía una inversión irónica, que es propia del estilo gentil del Renacimiento. Es el estilo que también perdura en Tomás Moro, en Jonathan Swift y que llega hasta Roberto Arlt. El elogio de la locura es, precisamente, una previsión que tomamos frente a esos poderes que al declarar con mucha facilidad -facilidad jurídica, política, médica, psiquiátrica, incluso facilidad psicoanalítica– de que las personas están locas, se harían pasibles a perder lo que en la locura habría de arte, de creación, de voluntad de cambio, de inspiración oscura, pero efectiva; de teatralidad, puesto que la locura en ese sentido coincide con la crispación teatral. Coincide con lo indeclarado, oscuro y no sabido de los cuerpos. ¿Se definiría la razón, quizás, como la privación del "elogio de la locura"?

¿Ingenieros y los médicos de su cofradía lo habrían comprendido, a pesar de que usan el concepto como imputación psiquiátrica en el seno de las luchas por la organización del Estado? Erasmo hace hablar a la locura. Eso ya debemos admitírselo como un hallazgo literario muy aventurado. E introduce en el hecho de la locura que habla, el habla de quien no debería hablar. Y si bien hoy no nos satisfaría la manera en que allí habla la locura, es un hecho muy enfático el que a la locura se la disponga a la manera de un habla. El primer capítulo de *Elogio de la locura* se llama "Habla la locura", y todo el libro es un enorme discurso de la locura. Y la ironía de este libro es que la locura elogia lo que se presupone que el autor indicaría como dilemas de la época, aquello con lo que el autor no estaría de acuerdo es lo que la locura elogia. Erasmo esperaba que el que leyera *Elogio de la locura* supiera que no era necesario estar loco, que la razón venía siempre por sus fueros y era superior a la locura, y que lo que se llamaba locura, aquí elogiado, era una forma de criticar el caos reinante en el mundo. Ingenieros sintió también el llamado a ese elogio, pero debió sofocarlo en los pliegues de su medicina de hospital y de penitenciaría. Erasmo anuncia sin radicalizar y como chispazo irónico todos los temas que después serán de Artaud. No quiere la catástrofe, pero para conjurar la catástrofe hace hablar a la locura.

Habla la locura y pregunta: "¿Todo lo que se hace entre mortales no está lleno de locura? ¿No está ejecutado por locos y para locos? No hay sociedad ni compañía que pueda ser agradable ni durar sin la locura". Esto es la locura, quien lo habla, elogiándose a sí misma. El elogio de la locura es la locura suelta en el mundo que se elogia a sí misma, escrita por este gran monje, por este gran teólogo que no cree que el mundo deba ser así, pero escribe esto. "No hay sociedad ni compañía que pueda ser agradable sin la locura, hasta el punto de que un pueblo no puede tolerar a su príncipe, ni al amo, ni a su criado, ni el amo a su criado, ni la criada a su ama, ni el preceptor a su discípulo, ni el amigo a su amigo, ni la esposa a su marido un momento más si ora no disparataran juntos y ora no se adulan mutuamente, o bien sensatamente hacen la vista gorda o se untan con un poco de la miel de la locura." Este programa de elogiar a la locura, cuando la locura dice "sin mí, el mundo no existiría", es muy pleno y muy retozón.

Pero, entonces, ¿cómo se define la locura? Como la manera de tolerar nuestro mundo cotidiano hecho de sumisión, de desencanto, de servilismo, de hostilidad, de hostigamiento de unos contra otros. Es esta cotidianeidad pegajosa que nunca acabamos de definir muy bien porque sospechamos que, si descubrimos los lazos cotidianos que nos unen como aquellos que nos reaseguran la tranquilidad diaria, veríamos ahí algo suficientemente demo-

> *"La locura les propone a los hombres que si aceptan la sumisión es porque ella está constantemente presente en las relaciones entre los humanos, y que sólo se podría entender 'como locura' el que las personas no se rebelen."*

níaco como para detenernos ante los umbrales, al igual que ante el infierno del Dante, y decir "mejor no toco esto, mejor no hablo de esto, mejor estar manso en esta vida cotidiana llena de sumisión". Gracias a la locura, las personas no se preguntan sobre la raíz de la sumisión. La locura sería lo que permite aceptar el servilismo. Y en esta magnífica ironía podemos suponer que Erasmo llama al descontento de los hombres a través de cierta ruptura con lo que la locura irónicamente elogiada tiene de cemento irreflexivo de los vínculos sociales. Ya vimos que la locura solidifica las rutinas cotidianas, pero que también suele decirse "loco" de aquel que intenta quebrar un ritual de sometimiento. Les recuerdo el célebre monólogo de Hamlet, que tiene la misma base, aunque fue escrito siete u ocho décadas después. Ese más que famoso "ser o no ser", tiene el mismo tema y también su atmósfera es la locura, como toda la obra de *Hamlet*, aunque aquí es más bien la locura en su aspecto de mascarada, en su aspecto de simulación. Y la pregunta de Hamlet será entonces si al simular locura estoy también loco o lo utilizo como un artificio político más. Pero en su más recordado monólogo, contiene la pregunta: "¿Por qué voy a aceptar la sumisión de la vida?". Es la misma pregunta de Erasmo, pregunta persistente de nuestras vidas. ¿Por qué voy a aceptar que haya un poder que se instituya como tal y me grite, me condicione, me retire formas de libertad que creí tener para mí? ¿Cuál es la razón de la obediencia, finalmente? Y la respuesta de Hamlet es muy deficiente.

En realidad, su respuesta hoy no la aceptaríamos, puesto que no se le ocurre que habría que luchar contra esa injusticia sino que se le ocurren los argumentos para aceptarla, puesto que sería muy fácil, dice, salir de este embrollo mortal con nuestro propio estilete, dándonos muerte. Y si así no lo hacemos es porque hay un "tropiezo" que es el misterio pavoroso al que nos lleva la muerte, ese misterio traído por el sueño fatídico de la muerte, del cual ningún viajero ha vuelto. Al no tener noticias de ese mundo, que podría ser más terrorífico que aquello que como penuria cotidiana debemos aceptar, entonces, no nos damos muerte y aceptamos la sumisión.

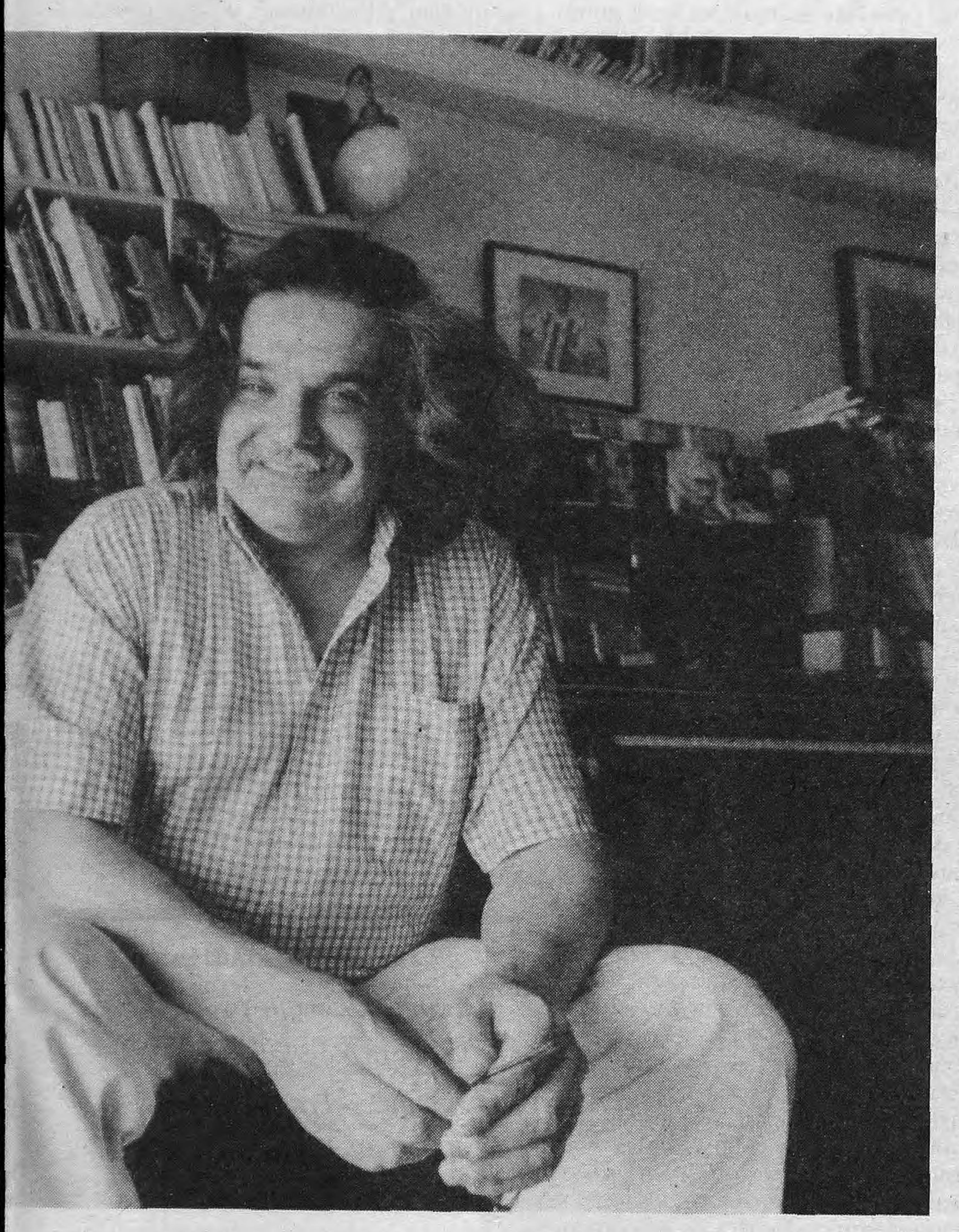
Podemos observar que la respuesta del "loco" Hamlet es totalmente distinta de la de Erasmo de Rotterdam, quien nos dice que la locura es la que nos lleva a aceptar la sumisión. La locura, hablando, les propone a los hombres que si aceptan la sumisión es porque ella está constantemente presente en las relaciones entre los humanos, y que sólo se podría entender "como locura" el que las personas no se rebelen. Ese es el tejido profundo de la obra de Erasmo. Extrañamente, en el caso de Hamlet, ya que es mucho más tortuosa la obra, sus consecuencias son mucho más revulsivas a pesar de que por momentos linda con la resignación; no así las de Erasmo, cuyas consecuencias son conservadoras, pero permite concluir a favor de la irónica locura de rebelarse contra la locura real que nos permite aceptar el padecimiento diario.

Nuestro José Ingenieros, podemos decirlo ahora, estaba enredado en esta misma madeja. Llamaba a desterrorizar la historia, a revocar los focos de horror con una historia de libertades subjetivas, pero no se privaba, al mismo tiempo, de fundar instituciones que clasificaban personas en términos de qué tipo de locura tenían. Y también empleaba la locura como un designador de exclusión de la ciudad política y del uso de los derechos. A eso apunta el famoso concepto de simulación de la locura que, sin embargo, sigue tan abierto a nuestros debates. El simulador era alguien que mantenía una forma de la conciencia y una forma del yo que debían ser perseguidas, puesto que era en el fondo un estafador del Estado y del ejército. Pero, al mismo tiempo, era alguien que construía un yo artístico que ironizaba sobre la fragilidad o injusticia del mundo. De ahí la forma oscilante que tiene la idea de locura en este tipo de investigación médica de estos grandes autores.

El concepto de simulación, que parece filosóficamente muy estrecho, llega, sin embargo, a alborotar el corazón ▶

a de José Ingenieros"

GONZALEZ



> *...ne la locura? ...era de tolerar ...do cotidiano ...misión, de ...e servilismo, ...idad, de ...to de unos ...otros."*

Pero esta conclusión podría invalidar cualquier juicio ulterior sobre la locura que no surgiese de sus propios "batallones demoníacos". Si sólo hubiese gestos de locura vestidos de discursividad política, se perdería el metalenguaje de la ciencia, salvaguardado, en teoría, de los acechantes peligros de la locura. Pero, en verdad, ésta es la sospecha que lo lleva a Ingenieros a un elogio de la locura inspirado en Erasmo de Rotterdam. Esa lectura de Erasmo siempre lo acompaña. Con razón, porque el *Elogio de la locura* de Erasmo es un libro delicioso y *La locura en la Argentina* intenta seguir sus pasos, pero a partir de los recursos de una prosa médico-política que sepultan, aunque no hasta hacerlos del todo irreconocibles, los chispazos de ironía.

Es que Erasmo de Rotterdam, al elogiar la locura, producía una inversión irónica, que es propia del estilo gentil del Renacimiento. Es el estilo que también perdura en Tomás Moro, en Jonathan Swift y que llega hasta Roberto Arlt. El elogio de la locura es, precisamente, una previsión que tomamos frente a esos poderes que al declarar con mucha facilidad -facilidad jurídica, política, médica, psiquiátrica, incluso facilidad psicoanalítica– de que las personas están locas, se harían pasibles a perder lo que en la locura habría de arte, de creación, de voluntad de cambio, de inspiración oscura, pero efectiva; de teatralidad, puesto que la locura en ese sentido coincide con la crispación teatral. Coincide con lo indeclarado, oscuro y no sabido de los cuerpos. ¿Se definiría la razón, quizás, como la privación del "elogio de la locura"?

¿Ingenieros y los médicos de su cofradía lo habrían comprendido, a pesar de que usan el concepto como imputación psiquiátrica en el seno de las luchas por la organización del Estado? Erasmo hace hablar a la locura. Eso ya debemos admitírselo como un hallazgo literario muy aventurado. E introduce en el hecho de la locura que habla, el habla de quien no debería hablar. Y si bien hoy no nos satisfaría la manera en que allí habla la locura, es un hecho muy enfático el que a la locura se la disponga a la manera de un habla. El primer capítulo de *Elogio de la locura* se llama "Habla la locura", y todo el libro es un enorme discurso de la locura. Y la ironía de este libro es que la locura elogia lo que se presupone que el autor indicaría como dilemas de la época, aquello con lo que el autor no estaría de acuerdo es lo que la locura elogia. Erasmo esperaba que el que leyera *Elogio de la locura* supiera que no era necesario estar loco, que la razón venía siempre por sus fueros y era superior a la locura, y que lo que se llamaba locura, aquí elogiado, era una forma de criticar el caos reinante en el mundo. Ingenieros sintió también el llamado a ese elogio, pero debió sofocarlo en los pliegues de su medicina de hospital y de penitenciaría. Erasmo anuncia sin radicalizar y como chispazo irónico todos los temas que después serán de Artaud. No quiere la catástrofe, pero para conjurar la catástrofe hace hablar a la locura.

Habla la locura y pregunta: "¿Todo lo que se hace entre mortales no está lleno de locura? ¿No está ejecutado por locos y para locos? No hay sociedad ni compañía que pueda ser agradable ni durar sin la locura". Esto es la locura, quien lo habla, elogiándose a sí misma. El elogio de la locura es la locura suelta en el mundo que se elogia a sí misma, escrita por este gran monje, por este gran teólogo que no cree que el mundo deba ser así, pero escribe esto. "No hay sociedad ni compañía que pueda ser agradable sin la locura, hasta el punto de que un pueblo no puede tolerar a su príncipe, ni al amo, ni a su criado, ni el amo a su criado, ni la criada a su ama, ni el preceptor a su discípulo, ni el amigo a su amigo, ni la esposa a su marido un momento más si ora no disparatan juntos y ora no se adulan mutuamente, o bien sensatamente hacen la vista gorda o se untan con un poco de la miel de la locura." Este programa de elogiar a la locura, cuando la locura dice "sin mí, el mundo no existiría", es muy pleno y muy retozón.

Pero, entonces, ¿cómo se define la locura? Como la manera de tolerar nuestro mundo cotidiano hecho de sumisión, de desencanto, de servilismo, de hostilidad, de hostigamiento de unos contra otros. Es esta cotidianeidad pegajosa que nunca acabamos de definir muy bien porque sospechamos que, si descubrimos los lazos cotidianos que nos unen como aquellos que nos reaseguran la tranquilidad diaria, veríamos ahí algo suficientemente demoníaco como para detenernos ante los umbrales, al igual que ante el infierno del Dante, y decir "mejor no toco esto, mejor no hablo de esto, mejor estar manso en esta vida cotidiana llena de sumisión". Gracias a la locura, las personas no se preguntan sobre la raíz de la sumisión. La locura sería lo que permite aceptar el servilismo. Y en esta magnífica ironía podemos suponer que Erasmo llama al descontento de los hombres a través de cierta ruptura con lo que la locura irónicamente elogiada tiene de cemento irreflexivo de los vínculos sociales. Ya vimos que la locura solidifica las rutinas cotidianas, pero que también suele decirse "loco" de aquel que intenta quebrar un ritual de sometimiento. Les recuerdo el célebre monólogo de Hamlet, que tiene la misma base, aunque fue escrito siete u ocho décadas después. Ese más que famoso "ser o no ser", tiene el mismo tema y también su atmósfera es la locura, como toda la obra de *Hamlet*, aunque aquí es más bien la locura en su aspecto de mascarada, en su aspecto de simulación. Y la pregunta de Hamlet será entonces si al simular locura estoy también loco o lo utilizo como un artificio político más. Pero en su más recordado monólogo, contiene la pregunta: "¿Por qué voy a aceptar la sumisión de la vida?". Es la misma pregunta de Erasmo, pregunta persistente de nuestras vidas. ¿Por qué voy a aceptar que haya un poder que se instituya como tal y me grite, me condicione, me retire formas de libertad que creí tener para mí? ¿Cuál es la razón de la obediencia, finalmente? Y la respuesta de Hamlet es muy deficiente.

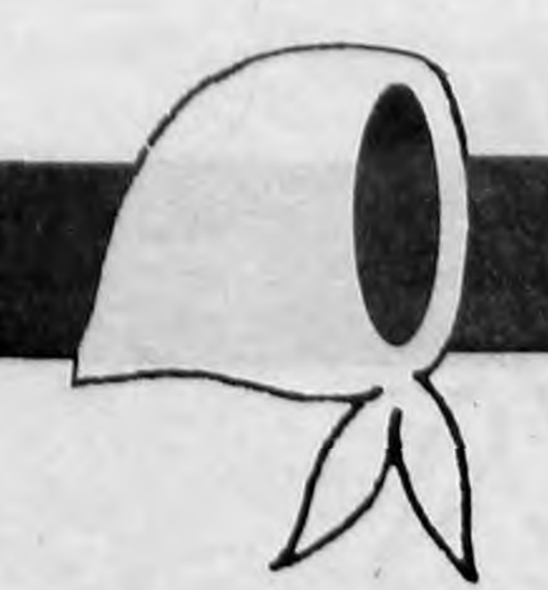
> *"La locura les propone a los hombres que si aceptan la sumisión es porque ella está constantemente presente en las relaciones entre los humanos, y que sólo se podría entender 'como locura' el que las personas no se rebelen."*

En realidad, su respuesta hoy no la aceptaríamos, puesto que no se le ocurre que habría que luchar contra esa injusticia sino que se le ocurren los argumentos para aceptarla, puesto que sería muy fácil, dice, salir de este embrollo mortal con nuestro propio estilete, dándonos muerte. Y si así no lo hacemos es porque hay un "tropiezo" que es el misterio pavoroso al que nos lleva la muerte, ese misterio traído por el sueño fatídico de la muerte, del cual ningún viajero ha vuelto. Al no tener noticias de ese mundo, que podría ser más terrorífico que aquello que como penuria cotidiana debemos aceptar, entonces, no nos damos muerte y aceptamos la sumisión.

Podemos observar que la respuesta del "loco" Hamlet es totalmente distinta de la de Erasmo de Rotterdam, quien nos dice que la locura es la que nos lleva a aceptar la sumisión. La locura, hablando, les propone a los hombres que si aceptan la sumisión es porque ella está constantemente presente en las relaciones entre los humanos, y que sólo se podría entender "como locura" el que las personas no se rebelen. Ese es el tejido profundo de la obra de Erasmo. Extrañamente, en el caso de Hamlet, ya que es mucho más tortuosa la obra, sus consecuencias son mucho más revulsivas a pesar de que por momentos linda con la resignación; no así las de Erasmo, cuyas consecuencias son conservadoras, pero permite concluir a favor de la irónica locura de rebelarse contra la locura real que nos permite aceptar el padecimiento diario.

Nuestro José Ingenieros, podemos decirlo ahora, estaba enredado en esta misma madeja. Llamaba a desterrorizar la historia, a revocar los focos de horror con una historia de libertades subjetivas, pero no se privaba, al mismo tiempo, de fundar instituciones que clasificaban personas en términos de qué tipo de locura tenían. Y también empleaba la locura como un designador de exclusión de la ciudad política y del uso de los derechos. A eso apunta el famoso concepto de simulación de la locura que, sin embargo, sigue tan abierto a nuestros debates. El simulador era alguien que mantenía una forma de la conciencia y una forma del yo que debían ser perseguidas, puesto que era en el fondo un estafador del Estado y del ejército. Pero, al mismo tiempo, era alguien que construía un yo artístico que ironizaba sobre la fragilidad o injusticia del mundo. De ahí la forma oscilante que tiene la idea de locura en este tipo de investigación médica de estos grandes autores.

El concepto de simulación, que parece filosóficamente muy estrecho, llega, sin embargo, a alborotar el corazón ▶



mismo de todas estas obras. De modo que si Ingenieros ve al cura Castañeda o al fraile Aldao como casos patológico-políticos, nunca termina ahí su reflexión, pues percibe repentinamente (y de esto hay indicios en toda su obra en relámpagos oscuros de intuición) que la locura es una peculiar forma de percibir el escándalo que nos causa el antagonismo con los otros. Por eso, no desdeñará esa visión de la discordancia y fragmentación del yo como forma de la existencia. Es así que llega a la noción de simulación, central en su obra, en toda la psicopatología al uso en los hospitales, galeras y reclusorios de la época y también en la obra de José María Ramos Mejía, que, hay que decirlo, es mucho más cautivante y perturbadora que la de Ingenieros. La "simulación de la locura" es el "elogio de la locura" de Ingenieros, la muestra acabada de que la locura puede ser un estilo con que cada sujeto expresa desiderativamente su propia existencia. Podría decirse que simular locura es jugar con fuego, poner la subjetividad en manos de tácticas irreversibles que llevan a la perdición de la conciencia. Ingenieros está preocupado por las personas que fingen delirios a fin de obtener ventajas personales como salvarse del servicio militar, tal cual Ulises, héroe literario al que le atribuye esa anomalía que quizás podría reprobar el general Ricchieri, pero no la literatura griega.

Ahí muestra su rostro más ordenancista, basado en una psiquiatría del orden.

"Ramos Mejía pone a la locura en una posición absolutamente ambigua e intolerable. Pero lo intolerable, sabemos, ayuda a pensar. La locura en un primer momento es un síntoma de emancipación."

Pero no sería nuestro Ingenieros si su filosofía "inexperiencial", que se inicia en su primera juventud aceptando ciertas vetas modernistas del esoterismo de Madama Blavatzky y concluye precisamente en el encomio secreto de lo cómico y del desvarío exquisito, no hubiera sido capaz de dar vuelta como un guante el propio concepto de locura. Entonces, la simulación, que es un concepto que primeramente establece una mediación entre el mimetismo animal y el disfraz humano en la lucha por la vida, adquiere tantas connotaciones extrañas que supera los moldes darwinistas en que fue concebido.

La simulación de la locura deja una duda insalvable sobre la autoconciencia que, estetizando la existencia, se lanza a esa aventura enmascarada del yo. Pero la propia simulación es una posibilidad expresiva que le está dada a los propios locos. Esto último lo escribe en su *Simulación de la locura*, un libro de 1903 en el que establece que los "alienados verdaderos", así los llama, también simulan. Esto nos hace pensar que, al igual que su maestro Ramos Mejía, Ingenieros llega a verdaderas peripecias circulares en su razonamiento, que lo inhabilitan como praxis, por decirlo así, pero lo elevan a la condición de grandes teorías autodisolubles en su propio juego de humor. Son maquetas que ponen a las teorías en situación de maniobra y artimaña, mucho más parecidas a las de Macedonio Fernández de lo que él hubiera imaginado.

Si la locura puede simularse, y en la "verdadera" locura también hay simulación, este concepto termina agotando todas las notas posibles de la cuestión del genio y del loco, figuras simbióticas que mantienen todo el andamiaje de esa psiquiatría y representan una cuestión crucial, que en los términos que está formulada no puede explicarse, pero también representa el punto más allá del cual una teoría no puede expandirse. Ingenieros escribirá que ciertas personas se saben alienados, pero no pueden dejar de serlo. Si hubiera leído la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, resolvería de otro modo esta vital cuestión de la conciencia que se investiga a sí misma, pero en este fallo también reside el profundo interés que Ingenieros aún mantiene.

Por eso su obra está repleta de observaciones agudas sobre lo cómico trágico de los bufones de Rosas y sobre los "locos populares" que eran parte de las culturas urbanas de sobrevivencia, y que "alegraron la ciudad", según dice, nombrándolos: del "Mudo de los Patricios" a "Eusebio de la Santa Federación" en la primera mitad del siglo XIX; Bayoneta Calada, don Pepe de la Cazuela y el Negro Clemente en la segunda mitad del siglo XIX, y a principios del XX, Candelario, Gigloi, Tartabull, la Negra Florentina, Perejil Sin Hoja, el Director de Tráfico y –agrega Ingenieros, como condescendiente final de su libro– "sin mencionar algunos que todavía loquean sueltos". Por mi parte, sólo puedo acercarles mi recuerdo de Coquito, un loco del antiguo Vieytes, que conocí a través de Alfredo Moffatt a comienzos de los años '60. Pero el tema fundamental,como tantas cosas, lo toma Ingenieros de su maestro Ramos Mejía, que es el de averiguar si en las épocas de convulsión política aumentan las perturbaciones mentales. Ingenieros se inspira aquí en los estudios de Ramos Mejía sobre la época de Rosas, el Rosas y su tiempo, donde se leen reflexiones a todas luces extraordinarias, *plenas de hallazgos tortuosos* y de oscuros pero prodigiosos equívocos.

El problema de Ramos Mejía, como el de Gustav Le Bon, en donde se inspira, es el de la Comuna de París. Esas épocas de gran movimiento social, épocas de floración revolucionaria, desde luego lo preocupan. Como Solón, que según decía Hegel sólo podía ser romano, senador y republicano, Ramos Mejía sólo podía ser argentino, conservador del patriciado y médico de prosa hermética. Observa que era posible establecer la correlación con la locura de las épocas de revuelta social, en un gran juicio sobre un colectivo movilizado dramáticamente que rebaja los pertrechos de la vigilancia de la razón y la del orden civilizado. Esto le preocupa, pero no es difícil imaginar que al mismo tiempo lo fascina. Con muy poco esfuerzo rechazaríamos estas visiones, pero ellas entregan la idea tremenda y sugestiva de una espontánea afinidad entre desórdenes anímicos e inquietud social. Paradójicamente, Ramos Mejía equipara la Mazorca con la Comuna de París en sus efectos de fobias, histerias y manías, lo que no deja de ser una ironía perfecta, pues su enemigo Rosas, desde Southamptom, también había condenado los acontecimientos parisinos, a los que veía como el reinado del caos y de la enajenación.

Pero el punto al que llega Ramos Mejía es el de una irresolución en el corazón mismo de la teoría: las épocas de inquisición y terror generan locura, pero la locura es el desarreglo esencial que conduce a una historia terrorífica. Del mismo modo, instituciones como la Inquisición son abominables engendros que causan la locura que luego dicen querer extirpar, así como también son instrumentos inconscientes de una necesaria "selección natural". Estas especulaciones –desde luego condenables desde el punto del lector moral, pero interesantes desde el punto de vista del lector experimental– también hay que vincularlas con los cambios de posición que toman las multitudes insurrectas, que producen una suerte de psicopatología revolucionaria positiva, pues recortan de su seno a los sacerdotes insensatos, los nigromantes desdichados y los profetas embrujados de la revolución americana. Esas multitudes, repudiadas cuando luego encuentran el nombre del socialismo, son festejadas como encarnación de un mesianismo insurreccional antiespañol en la figura de "Resplandor del Sol", un indio aliado a un fraile loco, el primer insumiso que lucha contra las tropas de Garay en los bosques del Chaco.

Ramos Mejía pone a la locura en una posición absolutamente ambigua e intolerable. Pero lo intolerable, sabemos, ayuda a pensar. La locura en un primer momento es un síntoma de emancipación. Digamos mejor, es un acto de rebeldía, un acto antiinquisitorial. Lo contrario a la locura es la Inquisición. De ahí que hará una magnífica crónica de la emancipación americana a través de los frailes locos, los quiromantes, los herboristas, los alquimistas. Eso fue motivo de una gran discusión a comienzos del siglo XX entre los médicos del hospital general argentino. Una discusión específicamente en el hospital San Roque, que es el actual hospital Ramos Mejía, en relación a si se podía confiar la idea de que la emancipación de un país como la Argentina, que pasa por ser un país serio, al delicioso empeño de unos brujos, cartomantes y frailes locos. Eso lo afirmará Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas* e Ingenieros lo rebate. Era una idea demasiado irresponsable, en apariencia, pues conducía a confiar la idea de la construcción del Estado y de una sociedad al empeño de unos rebeldes locos y adivinos desquiciados. Ramos Mejía abunda en estas ejemplificaciones. A estos rebeldes los ubica por el Alto Perú, combatiendo a la Inquisición y también citando a Vicente Fidel López –que es su maestro–, tomando magníficas crónicas que no es necesario que nos gusten, pero que se abren al sabor de la palabra trastornada y desobedecida, que aún la historia nos hace escuchar.

Desde luego, esta historia hecha por los hijos del primer patriciado argentino acierta, en su tono oral y dramático, en el descubrimiento de que una revolución arrastra ríos anímicos trastornados y que sería necesario un umbral anterior a la razón burguesa para cimentar el relato de los insurrectos. Pero no es novedad que estas obras también contienen un giro de desprecio hacia la población inmigratoria e indígena y un racismo que emerge con trágica desaprensión. Pero la interpretación que se merece no debe recaer en la fácil condena que el lector contemporáneo tiene a flor de labios, en su alforja democrática y en sus creencias transformadoras, sino en el redescubrimiento de su *núcleo de imposibilidades* y en su cuestionamiento de la locura como "drama privado". Ni para lo uno ni para lo otro encontraron argumentos que hicieran posible escapar de las contradicciones de esos conceptos que jugaban papeles tan diversos, según la ocasión.

Tampoco pudieron extender hacia una teoría de la acción política y del psiquismo emancipado la fuerte idea de simulación que, si bien no la habían descubierto ellos, la supieron interrogar con sapiencia e ironía. Por la misma época, Freud la había tomado apenas, soltándola enseguida, pues no era su camino. Estos médicos argentinos no pudieron trasponer sus límites, las marcas biologistas que los inmovilizaban, el horizonte clasista en que se movían y los dilemas de una ciencia estatal que los reclamaba. Josefina Ludmer, en un reciente libro de gran calado, *El cuerpo del delito*, analiza muy imaginativamente todas estas situaciones. La sorda discusión sobre la "simulación" entre Ramos Mejía e Ingenieros, que Ludmer interpreta con gran originalidad, también era un reconocimiento de la raíz política del concepto, que llevaba inevitablemente a una reflexión sobre el ser político del vínculo social, al problematizar ni más ni menos que la esfera aparienical del dominio, en la senda de un Erasmo, de un Maquiavelo o de un Francis Bacon.

Muchos años después de esas discusiones, en su libro –de 1919 o 1920– *La locura en la Argentina*, Ingenieros escribe un soterrado "elogio de la locura" porque, de algún modo, había comprendido que a él le estaba reservado decir que su criticado maestro, Ramos Mejía, tenía razón. Que la locura buscaba ser el hilo conductor de una historia del conocimiento y la razón vista por su dorso, que la simulación falseaba los atributos más esclarecidos del sujeto, pero era esencial al complejo arte de vivir y que, al cabo, era imposible disociar la biografía social de la locura, de la historia bélica de las naciones. Al llegar a ese punto, la locura se convertía en la lengua que le era imputada a las rebeliones para desacreditarlas. Pero, por otro lado, podía ser el nombre mismo de una rebelión. El concepto de locura excedía por todos lados, sobre todo si se lo quería explicar como una acusación de los poderes dirigida hacia todo lo que ellos no entienden. Porque sabemos que esas sobras, eso que excede, son la promesa de un extravío personal al margen de la historia colectiva. Esto quizás funda conocimientos nuevos e inesperados. José Ingenieros nos deja, en cambio, un conjunto de imposibilidades y tropiezos. La locura era una designación que buscaba, al mismo tiempo que fundar una psiquiatría privada, señalar el valor que cuidaba la asociación entre las naciones y el sentido común, entre las naciones y el progreso, entre las naciones y la razón. Pero en la imputación a los locos flotaba ese impulso de Erasmo, que también los hacía hablar como una forma de ironizar sobre los males del presente.

"Esa locura elogiada era el máximo vacío que podía crear la política en la vida de las naciones. Era ese hueco al que la medicina no llegaba y que era recubierto de humor y de bromas, a veces crueles."

Esa locura elogiada era el máximo vacío que podía crear la política en la vida de las naciones. Era ese hueco al que la medicina no llegaba y que, a falta de mayores descubrimientos, era recubierto de humor y de bromas, a veces crueles. Se dirá que no alcanzaban ni eran el cimiento para crear conocimientos más aguzados, pero significaban el reconocimiento tácito de que allí donde se decía locura podía decirse también primicia, podía decirse también vislumbre.